

## AGONÍA Y TESTAMENTO: DOS VISIONES CONTRAPUESTAS DEL FINAL DE ETA

**E**l 20 de octubre de 2011, la banda terrorista ETA dio a conocer, en un teatral escenario de burocracia del terror, un comunicado que anunciaba “el cese definitivo de su actividad armada” mediante un “compromiso claro, firme y definitivo”. La declaración, leída por una voz inexpresiva aunque con acento de la tierra, salpicada de silencios entrecortados para recuperar el resuello, y con la escenografía fantasmagórica de un trío con boina y capucha de raso, tipo Semana Santa, apenas se distinguía de declaraciones de treguas anteriores que habían servido a la banda para reorganizarse y poder relanzar con mayor fuerza sus actividades criminales.

Sin embargo, esta vez el comunicado venía acompañado de un énfasis reiterado en lo definitivo del cese de su “accionar” que establecía una diferencia. Pero, ¿esa diferencia hace esta vez la diferencia? Ciertamente, ni los precedentes ni el contexto electoral en el que se produjeron estos hechos, plena campaña de las últimas elecciones generales de 2011, hacían albergar muchas esperanzas de que esa diferencia hiciera que esta vez las cosas fueran distintas. A pesar de ello, buena parte del PSOE, arrastrado por la euforia del que buscaba un milagro que le redimiera del desastre electoral en ciernes, se agarró al comunicado como la manifestación y prueba del final de ETA y la

---

Ángel Rivero es profesor titular de Ciencia Política y de la Administración en la Universidad Autónoma de Madrid.

llegada definitiva al soñado mundo de una sociedad sin la lacra del terrorismo. Para que tal interpretación tuviera una verosimilitud mayor, el diario *El País* publicó al día siguiente un especial de treinta páginas anunciando y celebrando el fin de ETA. Por supuesto, esta magnificación irresponsable del significado del comunicado vino también acompañada por la reivindicación de la figura de José Luis Rodríguez Zapatero, el presidente saliente, como pacificador: el mensaje de ETA convertido en apoteosis de la paz sería, en último término, resultado directo de lo que hasta entonces parecía el fracasado proceso de negociación impulsado por el presidente de Gobierno socialista.

Naturalmente, con los antecedentes de ETA, sus palabras merecían cierta reflexión y un examen que, desde luego, requería atención y tiempo. A este propósito están dirigidos los libros que Florencio Domínguez y la pareja Jesús Eguiguren y Luis Rodríguez Aizpeolea han publicado<sup>1</sup>. El del primero, *La agonía de ETA. Una investigación inédita sobre los últimos días de la banda*, busca encuadrar el hecho del comunicado en una perspectiva más amplia que sirva como explicación. El de Eguiguren y Aizpeolea fue publicado casi inmediatamente al hilo de los acontecimientos, de manera que, presentándose como una interpretación, forma al mismo tiempo parte de los sucesos que describe. Como era de esperar, cada una de estas obras valora el comunicado de ETA de manera radicalmente distinta. Para Domínguez, el comunicado es el síntoma de una degradación que ha de tomarse con cautela, aunque también con cierto optimismo porque es señal del avance de la lucha contra el terrorismo. Por su parte, Eguiguren y Aizpeolea ven en el comunicado el fin definitivo de ETA y la llegada de la paz duradera. Aunque esto último se enfatiza en relación a Zapatero y se matiza muy mucho en relación a lo que debería hacer el nuevo Gobierno.

Pues bien, Florencio Domínguez, con el rigor y la documentación que le caracterizan como reputado especialista en el terrorismo de ETA, nos explica en su libro que las cosas no son exactamente así, esto es, que el comunicado no es el resultado, ni siquiera indirecto, de una negociación con

---

<sup>1</sup> La referencia completa de ambas obras es **Florencio Domínguez**, *La agonía de ETA. Una investigación inédita sobre los últimos días de la banda*, Madrid, La esfera de los libros, 2012; y **Jesús Eguiguren** y **Luis Rodríguez Aizpeolea**, *ETA. Las claves de la Paz. Confesiones del negociador*, Madrid, Aguilar, diciembre de 2011.

la banda terrorista, sino “consecuencia de un fracaso provocado por la eficacia y la firmeza del Estado de Derecho” (p. 12). A nadie le ha de quedar duda de que la situación presente de debilidad de ETA es consecuencia de un largo combate en el que muchos se empeñaron valientemente haciendo frente al terrorismo. Pero si es la resistencia lo que marca esta larga historia de respuesta democrática contra el terrorismo, la llegada del fracaso de ETA puede constatarse de manera muy concreta. Para Domínguez, la obiedad de su decadencia se fragua en el año 2001, cuando el Estado logra frenar la campaña terrorista prevista tras el final de la tregua de 1999. Es justamente en ese momento cuando ETA, queriendo afirmar su fortaleza, exhibió su debilidad y desde entonces las cosas han ido a peor para los terroristas. Como señala Domínguez, “a la banda terrorista le ha costado una década tomar conciencia de lo obvio: que su guerra estaba ya perdida, que la policía, la Guardia Civil, la justicia, los servicios de inteligencia, ...todo el aparato de Estado, en suma, habían ganado esa partida” (p. 13).

El libro de Domínguez narra de forma amena y detallada ese deterioro constante de la banda a lo largo de esta última década y lo hace de una forma particularmente atractiva. La narración coloca al lector dentro de ETA, permitiéndole conocer cómo se toma conciencia del fracaso desde su interior. Esto es, esa década que conduce a la derrota posiblemente irreversible nos es presentada a través del testimonio de los propios etarras, que señalan de forma cada vez más clara y unánime la percepción del declive, la degradación de su funcionamiento interno y organizativo, la ineficacia y la torpeza de sus nuevos miembros y, finalmente, la conciencia generalizada y palmaria de la derrota. Para ello, el texto está construido sobre una multitud de documentos de los propios terroristas y de su entorno que convierten la prosa de Domínguez no solo en una narración apasionante sino en un documento excepcional.

Además de una multitud de informaciones relevantes y descripciones reveladoras, el lector encontrará en este libro un retrato muy valioso de la mentalidad del terrorista nacionalista: un sujeto que justifica sus actos criminales mediante narraciones exculpatorias que tienen forma de leyendas y que permiten eludir la responsabilidad de lo que hacen amparándose en agravios que vienen de un pasado remoto, mítico o verdadero, del que ellos

se figuran participantes identificándose como víctimas imaginarias de un sujeto colectivo. Este sujeto colectivo, un fantasmagórico pueblo vasco que sufre la dominación desde la Edad de Piedra, actúa no solo como justificación de los crímenes muy reales de los terroristas, sino como un principio de exculpación mediante el cual los crímenes concretos cometidos por sujetos concretos se presentan como acciones de este sujeto colectivo y, de esta manera, el asesino elude su responsabilidad al transferirla a tal sujeto espectral. En la tradición terrorista ortodoxa, el asesino proclamaba su máxima generosidad apelando a que había sacrificado su moral individual por el sujeto colectivo. El etarra no llega a tanta conciencia moral, le basta con justificar sus crímenes con historias y con justificarse a sí mismo eludiendo cobardemente su responsabilidad individual.

Domínguez, en el último capítulo del libro, convierte en una lección perenne la experiencia acumulada en la lucha contra el terrorismo que ha propiciado su decadencia y agonía, y por ello reitera lo que por todos es sabido: que es la firmeza de la democracia la que derrota al terrorismo y que la negociación o los “procesos de paz” son el oxígeno que necesita para seguir matando. Porque, en la lógica instrumental del terror, el asesinato no conduce a la victoria militar, como en la guerra, sino a la negociación, de modo que la predisposición a la negociación es la victoria del terrorismo y la derrota de la democracia. Pero señala además que esta firmeza de la ley en la persecución del terrorismo, necesaria para que triunfe la democracia, no puede compadecerse con la exculpación de los terroristas que algunos pretenden hoy, de modo que el libro termina con esta importante reflexión: “Frente a los esfuerzos exculpatorios hay que reafirmar la idea de que el terrorismo ha sido una opción elegida libremente por algunas personas y que, por tanto, quienes han abrazado las armas son responsables de los efectos que han provocado. No solo responsables penales, que eso ya lo dice la ley y no necesita mayor explicación, sino responsables políticos y sociales. En el final del terrorismo etarra es importante dejar las cosas claras para que las futuras generaciones no repitan los trágicos errores de las actuales” (p. 305).

El libro de Domínguez tiene la elegancia y la obligada cortesía democrática de culpar únicamente a los terroristas de sus crímenes, de modo que las referencias a los actores políticos y sociales democráticos implicados en este

problema son siempre neutrales y se valora por encima de todo el esfuerzo colectivo por contener el terror. Sin embargo, el libro está recorrido de principio a fin por el propósito argumental de ofrecer una fundada y contundente refutación de un argumento que ha sido divulgado desde algunos partidos políticos y desde sus medios de comunicación afines. Tal argumento fue creado y divulgado en el tiempo, que ahora nos parece ya tan lejano, del Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero. En palabras de Domínguez, “en contra de lo que algunas veces se dice, la situación actual de ETA no ha sido consecuencia ni de una evolución política voluntaria de la izquierda *abertzale*, ni de una reacción de rechazo del conjunto de la sociedad vasca, ni del que se llamó ‘proceso de paz’ del año 2006”. Como he señalado líneas arriba, Domínguez muestra cómo la situación de ETA es resultado de la eficacia del Estado en la realización de sus obligaciones democráticas.

Pero ocurre, nos señala el autor, que existe el peligro de que este argumento, divulgado con tanta profusión, amén de su falsedad, sirva para blanquear las trayectorias de aquellos que apoyaron el terrorismo en todo momento y que de esta manera sirva instrumentalmente para dar sentido a la acción de ETA, al permitir que alcance postteriormente sus objetivos políticos y así redima su historia de infamia.

El libro de Eguiguren y Aizpeolea defiende justamente la tesis que refuta Domínguez y convierte esta defensa en una apología de José Luis Rodríguez Zapatero y su proceso de paz, protagonizado por el mismo Jesús Eguiguren. De modo que tenemos dos libros que explican de forma radicalmente distinta, como señalé al principio, el hecho del comunicado etarra de octubre de 2011. Como señala Aizpeolea en la “Introducción Justificación del libro”, “*ETA. Las claves de la paz* pretende arrojar luz sobre lo que está ocurriendo y explicar por qué ha ocurrido (...), [este libro] da cuenta de los principales acontecimientos desde la ruptura de aquel Proceso de Paz en junio de 2007 hasta el comunicado de cese definitivo que la banda hizo público el 20 de octubre de 2011, ya que este último hito histórico no se explica sin el que se produjo con anterioridad” (p. 13).

Ahora bien, siendo lo más importante la diferencia sustancial en la explicación que ofrece uno y otro libro, hay muchas otras más. Ciertamente,

el punto de vista de Domínguez es el del observador, mientras que el de Eguiguren-Aizpeolea es el del que ha sido actor participante en los acontecimientos. Mientras el primero explica el fenómeno en su complejidad causal y diacrónica, el segundo busca reivindicar su papel determinante en los acontecimientos y los reinterpreta a su favor estableciendo una causalidad distinta. Si para Domínguez el comunicado es el resultado del debilitamiento de ETA producido por la mayor eficacia de la acción del Estado democrático de derecho, para Eguiguren y Aizpeolea el comunicado es resultado de las actividades promovidas por Zapatero y ejecutadas por Eguiguren dentro de su política de “fin dialogado del terrorismo”. Que los sujetos sobrestimen su papel en los acontecimientos en los que participan, sin duda, es inevitable, pero puede hacerse mejor o peor.

El primer problema del libro de Eguiguren y Aizpeolea es el de la prosa en la que está escrito. Siguiendo el estilo de la ideología de Zapatero, las palabras no se utilizan para describir ni para conceptualizar la realidad, sino con el propósito de oscurecerla o de crear una realidad virtual alternativa: “cuando existe voluntad, las palabras son lo de menos” (p. 91). El resultado es que el libro está escrito en el lenguaje vacío, al que nos condenan este tipo de políticos, que o no dice nada o dice lo que queremos oír, sea bueno o malo. Así los autores no tienen empacho en utilizar grandes palabras como “paz” a modo de sinónimo de lo que ETA en su propia jerga denomina “declaración de cese definitivo de actividad armada”; o de hablar de “fin de ETA” en relación a ese comunicado; o, más grave, utilizar “fin dialogado del terrorismo” en lugar de “negociación con los terroristas”. El problema es que dicho lenguaje se hace pesado, falso y artificial para los lectores; que el texto pierde veracidad porque está sobrecargado de frases vacías o de moralismo gratuito; y que el truco al final no funciona porque la realidad acaba por abrirse paso entre los eufemismos y a veces llega hasta la portada del libro y nos regala un subtítulo con algo de sustancia: “Confesiones del negociador”. Gracias a él sabemos que hubo una negociación, que hubo un único negociador, y que ambas cosas y muchas más se confiesan en este libro.

El diccionario nos dice que una confesión es una manifestación que uno hace voluntariamente, o preguntado por otro, de lo que siente o sabe cierto y tiene entendido, sobre alguna cosa oculta o dudosa. Pero también es con-

fesión la declaración que uno hace a los pies del confesor de los pecados que ha cometido, acusándose de ellos para recibir la absolución. Puesto que en el libro no hay propósito de la enmienda ni dolor de los pecados, ha de entenderse que lo que se nos confiesa es el secreto de la negociación con ETA y no el arrepentimiento por lo realizado. De hecho, una de las cosas más llamativas del libro es el alto sitio que en la historia se conceden a sí mismos los autores y que conceden al anterior presidente del Gobierno. No tienen la menor duda de que la historia no solo les absolverá sino que les premiará con un lugar de honor: “Eguiguren sostuvo que José Luis Rodríguez Zapatero pasaría a la historia como el hombre que lograría el final de ETA” (p. 15); “a Eguiguren (...) la historia le hará justicia” (p. 17). O el extraordinario párrafo siguiente, en la misma página: “A pesar del linchamiento público a Zapatero tras el atentado de la T-4, la historia le hará justicia y será recordado por la posteridad como quien culminó el último gran reto de España que la transición tenía pendiente. Suárez hizo la reforma, Felipe González modernizó España, Aznar demostró que la derecha puede llegar al Gobierno con votos y Zapatero concluyó con la transición que inició Suárez al lograr, al final de su mandato, el cese definitivo de ETA” (p. 17). Pero el ansia de ocupar un sitio preferente en la historia no solo alcanza al negociador y a su patrón sino también a los terroristas. Así cuando se relata la reunión de Eguiguren con los terroristas el 14 de julio de 2005, se dice: “la fecha era de mucha parafernalia en el sentido histórico, y ellos mismos pensaban estar haciendo historia (...). Nos despedimos con la sensación de haber hecho un trabajo para la historia” (p. 105).

Pero aunque el subtítulo del libro nos diga que se trata de una confesión, lo cual parece razonable en quien tiene alguna obligación pública de responder de sus actos, la cosa no se queda únicamente ahí. Aizpeolea, ya al principio del libro, nos introduce ciertos matices que nos llevarán inmediatamente a la conclusión de que no nos vamos a encontrar con la esperada confesión. O de forma más precisa, que sí nos vamos a encontrar la confesión pero sumergida en un montón de páginas de digestión mucho más difícil: estas páginas, verdaderamente pesadas, están compuestas, por una parte, por la ideología de Eguiguren, de la que se puede decir que tiene las mismas virtudes analíticas que el pensamiento político de Zapatero. Después de ver lo que le importan las palabras y lo que valora la voluntad,

sobre todo la buena voluntad, su pensamiento es previsiblemente espeso: un constitucionalismo flexible trufado de internacionalismo socialista y socialismo vasquista, vamos, un auténtico hierro de madera que se califica, por si quedara alguna duda, de progresista. El santoral intelectual que inspira tal doctrina es Indalecio Prieto, Azaña, Onaindia y el refranero.

El otro envoltorio de las confesiones es un marco, un relato exculpatorio creado ad hoc por Aizpeolea, del que lo más reseñable que puede decirse es que el Partido Popular y las víctimas del terrorismo se convierten en unos desalmados que, por demagogia, populismo y animadversión a Zapatero exigen, “con eslóganes de la extrema derecha” (p. 61) no especificados, el cumplimiento, nada más y nada menos, del Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo y el fin de la negociación con ETA.

El ecumenismo de Eguiguren muestra, en un político que ha asumido graves responsabilidades, una preocupante falta de claridad sobre lo que es la democracia y deja al lector con la duda de si esta no será resultado de una falta de convicciones, o, dadas las condiciones surrealistas en las que celebró sus reuniones con los terroristas (solo, con un bolígrafo y una libreta, sin plan, sin apoyo exterior, malcomiendo bocadillos en algunas ocasiones, aislado y sin comunicación ni autorización exterior) puro y humano agotamiento hasta la extenuación. Curiosamente es Aizpeolea, el periodista, el que en su relato contextual aprovecha toda ocasión para culpar a los agentes democráticos de la oposición de perversas intenciones frente a la bondad inmaculada del generoso y sacrificado proyecto de fin dialogado del terrorismo.

Desde luego, el texto habría sido más eficaz y persuasivo si se hubiera limitado a ser una confesión y si se hubiera prescindido de las contextualizaciones exculpatorias bajo las cuales ha de entenderse, según los autores, lo que Savater denominó el cambalache secreto de Eguiguren con los etarras. Esta cocina de la realidad servirá para que los adeptos se reafirmen en el sectarismo que emana de la prosa de Aizpeolea, llena de “presuntos progresistas” y “presuntos antiterroristas”; pero Eguiguren, que fue cocinero en Ginebra, pierde con ello una oportunidad “histórica” de realizar una verdadera confesión. El afán por elegir un lugar de privilegio en la his-



toria, el mesianismo y la egolatría pueden acabar por convertir este libro en una pura irrelevancia histórica de lectura más bien pesada.

Pero el libro no es una confesión no solo porque venga envuelto en ideologías y relatos sectarios que exculpan y justifican la acción del protagonista. No es una confesión porque la confesión misma se convierte en algo distinto desde la primera página. Ciertamente, Aizpeolea, al adelantar en la introducción el contenido del libro, nos dice que en él se cuenta la historia completa que explica la declaración de octubre de 2011. De modo que si se nos va a contar todo lo que tiene que ver con Eguiguren hasta ese momento, contado por él mismo, se podría hablar de confesión. Pero Eguiguren lo que nos “confiesa” es que el origen del comunicado de ETA está en las conversaciones que entre 2000 y 2005 tuvo él mismo con la autodenominada “izquierda abertzale” y que continuarían con la negociación con ETA propiamente dicha, ese último año. ¡Vaya! La confesión no es un dar luz a unos hechos sino que tiene la forma de un relato, de una historia que se nos quiere colocar.

Pero además aparece una matización que hace que lo que se prometía como confesión se convierta en otra cosa: “en las páginas que siguen, a modo de testamento o confesión, Jesús Eguiguren nos cuenta todo lo que pasó y todo lo que vio en aquel tiempo, y, al igual que la cebolla, se va despojando de sus diferentes capas hasta desnudar su experiencia de aquel tiempo por completo” (p. 17). Si dejamos a un lado a Eguiguren convertido en una gran cebolla desnuda, podremos reparar en la paradójica equiparación que hace Aizpeolea entre confesión y testamento, que reitera de inmediato diciendo que se “habla de testamento o confesión” porque “todos los detalles del proceso están aquí” (*ibíd.*).

Pudiera ser que Aizpeolea confunda testamento con testimonio. Esta hipótesis tiene cierto fundamento porque el periodista hace un uso algo idiosincrásico y poético de la lengua. Como ejemplo, tómesese la frase “La legitimidad en apariencia irrompible de la que gozaba [está hablando de ETA] se rasgó como el cristal y no se pudieron recomponer los trozos” (p. 17). Pero también pudiera ser que Aizpeolea verdaderamente piense que este libro es el testamento de Eguiguren. Claro que no su testamento civil, que ese, como nos cuenta, lo hace y con muy buen criterio, cuando se embarca en las ne-

gociaciones con los etarras (p. 25). No, lo que aquí se denomina testamento sería su testamento político, el legado de sus esfuerzos.

Si volvemos al diccionario para ver qué significa testamento, nos encontramos con que por tal se entiende la declaración última, que hace una persona, disponiendo de sus bienes y hacienda e instituyendo un heredero que suceda en ella después de su muerte. Así, podría entenderse que este libro, entendido como el testamento de Eguiguren, podría ser el legado que se transmite al Gobierno entrante para que lo gestione. Ciertamente sus palabras finales recogidas en el epílogo apuntan en esa dirección: “En España se ha abierto un nueva etapa, una nueva Administración será la encargada de gobernar en los próximos años. Ha heredado una tarea de alcance histórico: hacer una paz justa en Euskadi”. Aquí la herencia se junta con la historia, cosa que como he señalado es muy importante para Eguiguren y Aizpeolea, y lo reitera poco después: “soy de los que creen que el nuevo Gobierno de España estará a la altura de las circunstancias históricas” (p. 287).

Desde luego hay distintos tipos de herencias y algunas constituyen una pesada losa. Está claro que el testamento de Eguiguren no parece hacer referencia al plúmbeo legado que el Gobierno anterior dejó al nuevo Gobierno de Rajoy, sino que Eguiguren ve su testamento como la Sagrada Escritura que, volviendo al diccionario, se llama también Testamento porque incluye el pacto de Dios con los hombres de la herencia del Reino de los Cielos. En palabras de Aizpeolea: “El presidente de los socialistas vascos [Eguiguren] tiene plena fe en que el Gobierno español surgido de las urnas estará a la altura de las exigencias históricas” (p. 19). Esto es, Eguiguren nos deja en testamento la paz, cuyas claves encontraremos reveladas en su libro.

Así entendidas las cosas, cobra significado la afirmación extraordinaria que se hace en el libro de que “los ciudadanos de Euskadi descubrieron con asombro que por primera vez en la historia un presidente del Gobierno de España [Zapatero] estaba dispuesto a inmolarse por traer la paz” (p. 16). En otras palabras, que Zapatero es visto como el Cristo sacrificial que traerá la paz a esta tierra después de ofrecerse en el altar de los mártires. Al parecer todos los que antes intentaron acabar con el terrorismo debían ser falsos mesías porque no llegaron a tal punto de sacrificio personal. Como la de Cristo,

la inmolación de Zapatero no ha sido en vano. Todo lo contrario, la fracasada negociación con ETA, como la muerte de Nuestro Señor, no señala un punto final, sino el punto de inicio de una nueva era: es el quiliasmo, el punto arquimédico, en él cambia la historia y se produce la revelación que ilumina en la verdad al pueblo vasco: “Y los vascos dejaron de creer que la solución no llegaba por falta de voluntad del Gobierno, sino que quienes no tenían voluntad eran los terroristas y Euskadi se dio cuenta de aquel mito. Y aquel fue el punto de inflexión que cambiaría las cosas. Y esta es para Eguiguren la clave del final de ETA: el fin del respaldo social del que venía gozando a pesar de ser una organización terrorista” (p. 16).

Y claro, una vez proclamada la verdad y desenmascarado el pecado, el entramado que apoyaba a ETA en el País Vasco se dio cuenta de la realidad y decidió desligarse del terrorismo y “recuperar las riendas de su futuro”. Por eso la izquierda abertzale ya no quiere saber nada de las pistolas y se ha convertido en masa a la política democrática. Colorín colorado. Ni más ni menos. Habría que añadir que el que no se crea esto es, según los autores, por estar preso de la mala fe o por una falta de fe que ya no es disculpable porque la verdad ha sido revelada en nuestro tiempo. En suma, que si cumplimos con lo que Eguiguren nos dice en su testamento, la agonía de ETA acabará felizmente en su muerte y en nuestra salvación.

Creo que esto muestra que en contra de lo que señala el subtítulo, no estamos primordialmente ante las confesiones del negociador sino ante el testamento de Eguiguren, y ciertamente sus herederos deberán sopesar mucho si aceptan o no este legado. Falta ahora hablar de Eguiguren como negociador. Apenas mencioné antes algo de las condiciones en las que el negociador organizó su trabajo, primero en Ginebra y después en Oslo. Valdría la pena dedicar un espacio largo a esta parte, que es la más interesante del libro, y que está construida, nos dice Aizpeolea, por retazos de los diarios que fue llevando Eguiguren de sus actividades sin que se haya cambiado una coma. Ahora basta decir que la impresión que uno recibe leyendo estas páginas es tremenda. Por una parte, uno siente pena por las condiciones imposibles en las que se sitúa el propio Eguiguren para realizar algo que no se sabe qué es, más allá de mantener un proceso en marcha que garantice una tregua. Por otro lado está la irresponsable avidez de

Zapatero y Patxi López por poder capitalizar un éxito, marcarse un puntazo, que les catapulte políticamente y que les lleva a minimizar cualquier acción de los terroristas, que no paran de presionar con atentados como instrumento de negociación hasta llegar a la voladura del *parking* de la T-4. Esto es, uno tiene la imagen desoladora de que un individuo introvertido y bien intencionado, que dice que se ha leído unos libros de resolución de conflictos que no menciona y que, obviamente, no utiliza en absoluto, es enviado a una misión improvisada, que no ha diseñado ni preparado, y del que se espera que obtenga el triunfo donde otros mejor preparados y organizados fracasaron. La responsabilidad es enorme y por eso no sorprende que Eguiguren visitara iglesias en sus ratos libres en Ginebra y que el Orfidal, junto con el bolígrafo y la libreta, fueran sus mejores armas.

Es por ello que para Eguiguren la negociación verdaderamente importante no es tanto la que tuvo con ETA, que la vive como un sacrificio lleno de sufrimiento, como con el mundo de la llamada izquierda abertzale y, en particular, con Arnaldo Otegui. Aquí es donde Eguiguren coloca la causa primera del comunicado etarra de octubre de 2011, y aquí es donde empieza su libro, en las reuniones que tuvo en el caserío de Txillarre a finales del año 2000, seis años antes de la proclamación de la anterior tregua de ETA. Una negociación, nos vuelve a decir el diccionario, es el manejo político de las pretensiones para que sucedan del modo que se desea, de modo que negociador es el que trata o maneja esas pretensiones. Ahora bien, negociar tiene su lado oscuro: vale también corromper con el soborno la integridad con que se debe proceder. Es más, el Diccionario de Autoridades de la RAE nos da este bonito ejemplo de negociar: “errado vas Arcamboto si juzgas negociar con la fuerza”. ¿Y qué otra cosa es el terrorismo sino negociar con la fuerza?

En Txillarre, Eguiguren propuso un negocio a Otegui: “¿No te das cuenta de que somos nosotros los que más sufrimos? Ni mandamos, ni somos la parte social hegemónica de este país; somos las víctimas. Vosotros, sin que eso aminore vuestra responsabilidad, sois quienes padecéis la cárcel, la clandestinidad... No veo que hagáis ningún negocio político. En cambio, el PNV y el PP (que también tiene sus víctimas en el País Vasco) hacen de la confrontación su mejor instrumento electoral. Y nosotros nos estamos matando.

¿Vamos a estar así toda la vida?” (p. 23). “Yo le decía que estábamos haciendo el tonto: vosotros –en referencia a ETA– nos matáis y como consecuencia pasaréis a la cárcel y a estar fuera de juego” (p. 24), a lo que añade Aizpeolea: “sin olvidar que quien mataba era ETA, en aquella situación quienes alimentaban un clima de fuerte confrontación política eran el PP y el PNV, dos partidos de derechas” (p. 24). Por supuesto, el alcance de estas palabras, su sinceridad y su propósito último solo lo conoce Eguiguren, pero no deja de resultar preocupante que el eje demócratas/terroristas se sustituya por izquierda/derecha hasta el punto de que asesinos y víctimas se funden en un “nosotros nos estamos matando” que podría identificarse como la izquierda se mata entre sí mientras la derecha hace su negocio. Esta comunidad de los vascos de izquierdas frente a la derecha como principio de orientación política vuelve a aparecer al final cuando, con lirismo de cuento infantil, de izquierdas, se le pone final al libro con estas palabras: “todo empezó no en cancillerías o en palacios, sino en un caserío humilde, en una venta humilde hablando entre vascos. La fuerza que nos llevó a tener esas conversaciones no era más que la del amor al país” (p. 313).

Por las razones antes apuntadas, la prosa de Eguiguren y Aizpeolea es plúmbea, contradictoria y la lengua de madera del zapaterismo se alterna con la emergencia de la realidad en una sucesión confusa y, en atención a la teoría del lenguaje de esta escuela, irresoluble. Es por eso que el libro deja la duda acerca de cuál es la pretensión de Eguiguren como negociador: una paz sin concesiones políticas o algo más. Y esta duda no es resultado de una lectura retorcida del texto, sino de la abundancia de referencias como las anteriores que suscitan una legítima inquietud en el lector mejor dispuesto: ¿el negocio que se quiere alcanzar es la paz respetando la democracia o el negocio que se quiere alcanzar es una pretensión política de izquierdas? Cada cual habrá de contestar por sí mismo. En cualquier caso habrá que recordar a Eguiguren que, contra lo que dice el subtítulo de su obra, en una negociación no hay un único negociador, sino al menos dos, y en la negociación importante este no era otro que Arnaldo Otegui. Domínguez, al inicio del capítulo octavo de su libro nos ofrece unas sabrosas pinceladas de este personaje: “El funcionario de la prisión de Navalcarnero encargado de registrar la entrada de Arnaldo Otegui se colocó frente al teclado y comenzó a preguntar al recluso los datos habituales para rellenar

la ficha que hay que cumplimentar cuando un recluso llega por vez primera a cada cárcel. Nombre, edad, lugar de nacimiento (...) –¿Profesión? –Negociador –respondió Otegui antes de echarse a reír” (p. 271).

En este texto he querido desentrañar dos explicaciones diferentes y hasta opuestas de las razones subyacentes a la declaración de cese definitivo de la actividad armada comunicado por ETA en octubre de 2011. Para Domínguez, gracias a la eficacia del Estado de derecho democrático asistimos a la agonía de ETA, al combate postrero de un grupo terrorista confrontado con su desaparición probable. En el libro de Eguiguren y Aizpeolea encontramos una explicación distinta: el comunicado es el legado póstumo de la política de fin dialogado del terrorismo impulsada por Zapatero. El libro de Domínguez es un relato de cómo se vive esta agonía desde el interior de ETA y concluye con lecciones importantes sobre cómo ha de gestionar la democracia el final del terrorismo. El libro de Eguiguren y Aizpeolea es un documento turbio de un tiempo confuso, frívolo y errático de la vida española que, pese a todo, tiene un valor indudable como testamento. Que este testamento señale el final de una época o la pervivencia de un pesado legado, está todavía por dirimirse.

## **PALABRAS CLAVE**

España • ETA • PSOE • Terrorismo • País Vasco

## **RESUMEN**

La reciente aparición de sendos libros con explicaciones contrapuestas del comunicado en el que ETA declaraba el fin de sus acciones terroristas, es motivo para una detallada reflexión intelectual sobre cada una de las dos tesis: la agonía de ETA deviene de la acción del Estado y de sus Fuerzas de Seguridad, como mantiene Florencio Domínguez, o sería el último logro del final negociado del terrorismo de Zapatero, como sostienen Aizpeolea y Eguiguren.

## **ABSTRACT**

*The recent publishing of two books with opposing explanations on ETA's statement on the suspension of terrorist attacks is the source of a deep intellectual consideration on each of the theses held by these books: ETA's agony is the result of the State's activities and its Security Forces, as Florencio Domínguez holds, or it would be the latest achievement of the end of terrorism negotiated by Zapatero, as Luis Rodríguez Aizpeolea and Jesús Eguiguren defend.*